

de esta calamidad es menester que se conviertan todos, ¿de qué servirá que lo haga yo, si, como es muy probable, quedan algunos sin hacerlo?— Servirá para que haya un justo mas en esta parroquia, y tal vez para que Dios haga con nosotros lo que hubiera hecho con la ciudad de Sodoma, á la cual hubiera librado de su ruina, si hubiese encontrado un justo mas entre sus moradores. Servirá para que, en la suposicion de que tú fueses cabalmente el Jonás que ha atraido sobre nosotros esta tormenta, lleguemos todavía á tiempo para desar- mar el divino furor. Servirá para que, caso que Dios no quiera soltar de la mano el azote, no seas tú el responsable de los males que afligen á tus parientes, á tus vecinos y á toda la poblacion en general. Servirá, en fin, para que con toda verdad puedas decir al Señor : Dios mío, si yo he contribuido con mis culpas á la desgracia que aflige á esta mi amada tierra que me acogió al nacer, y que despues de mi muerte dará quieto asilo á mis huesos, ya veis que no contribuyo á que esta des- gracia continúe y se prolongue. Tan pronto como Vos me habeis hecho oir vuestra severa voz, he respondido al llama- miento. ¿Queráis mi conversion? ya la habeis logrado. ¿De- seábais verme contrito á vuestros piés? contrito me teneis. ¿Aspirábais á verme enmendado? ya lo estoy. Si esta calami- dad continúa, lo sentiré, lo lloraré; pero me quedará el con- suelo de saber que de mi parte he hecho lo que debía para que cesase.

Quiera Dios, amados míos, que todos podais decir esto con verdad : de este modo habréis convertido el mal en bien, la desgracia en provecho, y la pérdida de los bienes terrenos en adquisicion de los bienes celestiales. Amen.

COFRADÍA DEL ROSARIO.

Un cura que sepa los maravillosos frutos que esta Cofradía produce en una parroquia, el gran número de pecadores que lleva á la penitencia, las muchas almas que atrae á la frecuencia de Sacramentos, y consiguientemente al camino de la perfeccion y á la práctica de las virtudes cristianas, estamos ciertos que, si tiene un poco de celo y piedad, no consentirá que falte en su iglesia. La experiencia enseña que en aquellas parroquias donde está instalada esta Cofradía, y cuyo párroco tiene cuidado de recomendarla al pueblo, descubriéndole su espíritu, sus privi- legios y sus ventajas espirituales, no falta luego una porcion considerable de personas que responden á su voz, entrando deci- didamente en el camino de la virtud, en la piadosa costumbre de confesar y comulgar con frecuencia, y en todo lo que es in- dispensable para ser cristiano devoto y perfecto. Por esto cree- mos útil hacer á los curas algunas indicaciones sobre este par- ticular, seguros de que el presente artículo no será el menos in- teresante de esta obra.

El derecho de erigir la Cofradía del Rosario es propio y ex- clusivo del General del Orden de Predicadores, siendo nula y de ningun valor la ereccion de cualquiera cofradía que se funde sin su expreso consentimiento, manifestado por medio de una Bula expedida al intento. Así que, cuando algun cura quiera insta- larla en su parroquia, su primera diligencia ha de ser solicitar del dicho General la Bula de fundacion, expresando en la so- licitud el nombre del Santo bajo cuya invocacion está dedicada

la iglesia parroquial, que es la única en que puede instalarse dicha Cofradía. Advertimos que, aunque hemos dicho que el conceder esta Bula es atribucion propia del General de los Dominicos; no obstante, en atencion á las circunstancias actuales, está comisionado para ello el Comisario apostólico de la misma Orden, quien tiene su residencia habitual en el Real Colegio de Misioneros de Ocaña. Obtenida la Bula, debe ser presentada al Obispo para que autorice su ejecucion, sin cuyo requisito seria ilícita cualquiera fundacion que se hiciese.

Mientras se practican las sobredichas diligencias, el cura elegirá una capilla de su iglesia, á la que dará el título de Capilla del Rosario; y en su altar colocará una imagen de Nuestra Señora, llevando al niño Jesús en el brazo izquierdo, y en la mano derecha el santo Rosario, en ademan de entregarlo á santo Domingo, cuya imagen deberá estar arrodillada á sus piés á la parte derecha: y en la izquierda la de santa Catalina de Sena, en actitud de recibir el rosario del niño Jesús; siendo condicion indispensable para el valor de la fundacion que las cuatro dichas imágenes formen grupo en el modo que hemos indicado. Es muy propio que al rededor estén colocados los quince misterios del Rosario, bien que no lo creemos de absoluta necesidad, á menos que así lo exprese la Bula.

Una vez dedicada la capilla, continúan en ella las gracias é indulgencias propias del Rosario, aunque haya estado abandonada por largo tiempo, y haya habido en ella algunas alteraciones, con tal que pueda decirse que es la misma capilla. Por lo que, el renovar el retablo, las imágenes, las pinturas, etc., no es cosa que haga perder el título, y exija una nueva ereccion de Cofradía.

El cura es Prior nato de la Cofradía, y como á tal tiene facultad para bendecir rosarios, cirios y rosas; admitir cofrades, firmar cédulas, y aplicar la indulgencia plenaria á los cofrades

moribundos: cuales facultades le son tan propias, que solo él puede ejercerlas, ni puede delegarlas á otro. En consecuencia de esto, él es quien debe escribir los nombres de los cofrades en el libro de las indulgencias, ó de la Cofradía, por manera que no serán verdaderos cofrades, ni participarán de las gracias del Rosario los que sean inscritos por otra mano. En las Bulas antiguas se exigia que el libro de la Cofradía fuese presentado de tiempo en tiempo al Prior del convento de Dominicos mas cercano, á fin de poner en él V.º B.º y confirmar á los inscritos en la admision de la Orden: hoy día; por haber cambiado las circunstancias, es innecesaria esta formalidad.

Los dias consagrados á los piadosos ejercicios del Rosario son, todos los primeros domingos de mes, las fiestas principales de Nuestra Señora, y las de los quince misterios que comprende el Rosario. En estos dias se canta un oficio, se dicen Visperas, se reza una parte del Rosario, y se lleva en procesion la imagen de Nuestra Señora, cantando el Magnificat ó el Ave maris Stella. Son innumerables las indulgencias que en tales dias, y otros del año, pueden ganar los cofrades confesando, comulgando y visitando la Capilla del Rosario. Si el cura se toma la molestia de explicarlas con anticipacion á los feligreses, no dude que serán muchos los que se aprovecharán. Para que pueda animarlos á esta santa devocion, le pondremos aquí algunos sermones, los que tal vez le despertarán ideas para componer otros.

El Rosario considerado como oracion.

Salutate Mariam, quæ multùm laboravit in vobis. (Rom. XVI, 6).

Estas palabras son del apóstol san Pablo en una carta que escribió á la Iglesia que por aquel tiempo comenzaba á formarse en Roma, metrópoli de todo el mundo católico. Entre

los varios encargos que en dicha carta hizo á aquellos nuevos cristianos, uno de los principales fue que saludasen en su nombre á una noble matrona romana, que tenia por nombre María, la cual habia trabajado mucho en beneficio de aquella Iglesia naciente, edificándola con sus ejemplos, honrándola con sus virtudes, y socorriéndola con sus bienes: *Salutate Mariam, quæ multùm laboravit in vobis.*

De estas mismas palabras me serviré yo para encargaros saludéis, no ya por motivo de pura urbanidad, sino por motivo de piedad y religion, á otra María incomparablemente mas noble que aquella, y á la que sois deudores de beneficios sin comparacion mas grandes y remarcables. A esta María, que no es otra que la Madre del mismo Dios, la Reina del universo y la principal medianera entre Dios y los hombres; á esta María, que tanto ha hecho por vosotros, y á la que en cierto sentido sois deudores de todo el bien que poseéis; á esta María os encargo saludéis, no una, sino muchas veces; no por pura cortesía, sino con los sentimientos de veneracion y respeto que reclaman su alta dignidad, sus grandes beneficios, y vuestra propia utilidad é interés: *Salutate Mariam, quæ multùm laboravit in vobis.*

¿Y con qué oracion la habeis de saludar? Cristianos, yo tengo por buenas á cuantas oraciones se han instituido en obsequio de María, con tal que conste que han obtenido la aprobacion de la Iglesia: todas las apruebo, todas las alabo, todas las recomiendo. Pero hoy vengo á recomendaros una que es entre todas las demás lo que es el sol entre los astros, el oro entre los metales, y la rosa entre las flores; y es aquella que fue inspirada por la misma Virgen al gran Padre de los Predicadores, Domingo de Guzman; aquella que ha sido enriquecida por la Iglesia con títulos los mas honrosos, con privilegios los mas altos, y con gracias las mas singulares; aquella que han abra-

zado con ardor los papas mas distinguidos en santidad, los sábios mas eminentes en doctrina, los reyes mas esclarecidos en política y religion; aquella que ha obtenido una aceptacion tan general, que puede decirse ha llegado á ser la devocion favorita de todos los verdaderos cristianos; aquella que ha abatido á los principales enemigos del Cristianismo, hecho enmudecer á los mas famosos sectarios del error, y llevado innumerables pecadores á la penitencia; aquella que bajo las fórmulas mas sencillas y acomodadas á la comprension de cualquiera, ofrece á nuestra consideracion cuanto de admirable y sublime ha hecho el Hijo de Dios por la salud del hombre; aquella, en fin, que todos conoceis con el nombre de santísimo Rosario.

Esta es la oracion que os recomiendo, este el saludo que os encargo deis á María; oracion y saludo, no lo dudeis, que exceden en valor y mérito á cuantos suelen dirigirse á la Madre de Dios, sea que se mire su origen, sea que se considere su aceptacion, sea que se atienda á sus saludables efectos. Si el Rosario se mira en orden á su origen, es la oracion mas noble: si se considera respecto á su aceptacion, es la oracion mas general: si se atiende á sus efectos, es la oracion mas saludable. Si yo logro, como confio lograrlo, demostraros estas tres verdades, ¿no tendré derecho á exigir de vosotros que honreis frecuentemente á María con esta excelente oracion? Atencion á lo que voy á decir.

Quando el gran Padre de los Predicadores concibió la feliz idea de instituir el santísimo Rosario, hizo como el sábio Salomon quando se propuso levantar un suntuoso templo al Dios de sus padres. ¿Qué hizo este? Primero buscó para ello la materia mas rica que pudo encontrar: hizo venir los cedros mas hermosos que vegetaban en el Líbano, recogió el oro mas puro que

daban las minas de Ofir, cortó los mármoles mas ricos que se encontraron en las canteras de Palestina. Luego llamó á los artistas mas hábiles que se conocian en aquel tiempo, les dió el plan de la majestuosa obra que intentaba hacer; y disponiendo ellos los materiales conforme á su idea, logró erigir á Dios el templo mas augusto que se ha visto en el mundo.

Así, digo, procedió el gran Domingo de Guzman cuando concibió el plan del santísimo Rosario. Antes que todo, buscó las oraciones mas excelentes y divinas que pudo hallar, para que sirviesen como de materia á esta gran devocion: eligió la Oracion dominical, que es el modelo de todas las oraciones; añadió la Salutacion angélica, que sin disputa es la mejor de cuantas se dirigen á la Madre de Dios: y dando á estas dos oraciones la admirable combinacion que todos sabeis, logró formar un todo que en línea de oraciones es el mas hermoso y perfecto que se pueda concebir. Por manera que, ya se atiende á la materia de que se compone el Rosario, ya se considere la forma en que está dispuesta esta materia, todo procede de un origen tan alto, que con razon se llama la mas noble de las oraciones.

Y para manifestarlo en detalle, pregunto: ¿de dónde procede la Oracion dominical? ¿Cuál ha sido su origen? ¿Quién fue su autor? ¿Fue algun hombre comun? ¿fue algun Santo? ¿fue algun Ángel? No: fue el mismo Hijo de Dios, fue la Sabiduría encarnada, fue el mismo Dios hecho hombre. De modo que á esta oracion puede apropiarse aquella expresion que dijo de sí misma la Sabiduría eterna en los Libros santos: *Ego ex ore Altissimi prodivi*, yo procedo y llevo mi primer origen, no de algun teólogo, no de algun contemplativo, no de algun ascético, sino de la misma boca del Altísimo. Noten esto aquellos cristianos que, echándola de ilustrados en materias de devocion, desprecian el Rosario como oracion vulgar y solo bue-

na para mujercillas y gente idiota. Yo les invito á que me digan si las oraciones que ellos rezan, dado que recen alguna, han sido compuestas por un autor tan sábio y santo como el de la Oracion dominical.

¿Y qué diré de la Salutacion angélica? Todos sabeis los altos y distinguidos personajes que concurrieron á su composicion. Concurrió el arcángel Gabriel con aquellas magníficas palabras que dirigió á María al anunciarle que Dios la habia elegido por Madre de su Unigénito: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres¹. Concurrió la madre del santo Precursor con aquella expresion que dirigió á la misma Virgen viéndose honrada con su vista: Bendito es el fruto de tu vientre². Concurrió la Iglesia añadiendo las restantes palabras que completan esta oracion. Un Ángel... una Santa... la Iglesia... ¡qué autores tan ilustres! Un Ángel que no hace mas que repetir las palabras que el mismo Dios ha puesto en sus labios, una Santa que solo dice lo que el Espíritu de Dios la hace hablar, la Iglesia que en todo es conducida por las luces del Espíritu Santo, ¿caben entre las criaturas autores de mas nota? Díganlos los despreciadores del Rosario si esas fórmulas modernas de orar han sido dictadas por labios tan augustos como los que componen nuestra devocion. Nada tengo contra ellas, todas las acepto mientras las vea aceptadas por la Iglesia; pero esto no me priva del derecho de decir, que preferirlas al santísimo Rosario es cosa que revela un poco de ignorancia y un mucho de imprudencia y presuncion.

Vamos á lo que propiamente se dice forma del Rosario. ¿Quién la ideó? ¿quién la reveló? Preparaos, oyentes, para presenciar uno de los espectáculos mas hermosos que presenta la historia. Mientras el gran Padre de los Predicadores, em-

¹ Luc. 1, 28. — ² Ibid. 42.

peñado en barrer el mundo de pecados y herejías, pide al cielo un poderoso medio para conseguirlo, hé aquí que en medio de la noche los cielos se abren de par en par; los astros, suspendiendo su carrera, forman calles á manera de un ejército puesto en parada; los aires se pueblan de espíritus bienaventurados; la tierra se llena de resplandores celestiales, y la naturaleza para el curso de sus operaciones á fin de contemplar con mas atencion un suceso nunca visto. ¿Qué teneis, cielos, que así os conmoveis? ¿Qué te pasa, tierra, que de este modo mudas de aspecto? ¿Qué ocurre, noche, que así te transformas en dia? ¡Ah! cristianos, es que la Reina del universo, rodeada de todo el esplendor de su gloria, baja á honrar con su presencia el humilde oratorio de Domingo, á fin de entregarle con su propia mano el santísimo rosario. ¿Y qué le dice? Toma, hijo, le dice, toma este rosario que te presento: predica su virtud, publica su eficacia, procura que los cristianos lo recen con devocion; y pronto verás los efectos. Cada *Padre nuestro* será un trueno que convertirá un pecador, cada misterio será un rayo que disipará una herejía, cada *Ave María* será un golpe de muerte contra el infierno. A tí y á tus hijos encargo el honor de esta oracion: publicadla por toda la tierra, enseñadla á todas las naciones, haced que la recen todas las lenguas.

¿Y cómo han cumplido los Dominicos este honroso encargo de María santísima? Vosotros lo sabeis, vosotros lo estais viendo. De todas cuantas devociones se han instituido en honor suyo, ¿hay alguna tan generalmente abrazada, tan cordialmente aplaudida, tan constantemente practicada como la del santísimo Rosario? No es esta una devocion particular, aislada, propia de algunos reinos ó provincias: es la gran devocion de todos los cristianos, es la primera que se toma y la última que se deja; y cuando se llega á dejar esta, ¡ah! tiempo há que

se han abandonado todas las demás. Del Rosario se podria decir lo que de la religion cristiana decia Tertuliano, esto es, que es una devocion en cierto modo natural al hombre, una devocion que parece ha venido al mundo con nosotros, que la hemos mamado con la leche de nuestras madres, y que en nuestra niñez se ha mecido con nosotros en la cuna. En el Rosario se verifica literalmente lo que dijo la misma Virgen cuando allá en los montes de Judea aseguró que todas las naciones de la tierra la llamarian bienaventurada: *Beatam me dicent omnes generationes*. Porque, decidme: ¿hay provincia católica donde la Virgen del Rosario no tenga algun lugar célebre por la concurrencia de los pueblos? ¿hay ciudad donde no tenga alguna iglesia? ¿hay iglesia donde no tenga algun altar? ¿hay familia donde no tenga alguna imágen? ¿Quién no la reconoce por Madre? ¿quién no le es deudor de algun beneficio? ¿quién no tiene por estilo rezarle su Rosario? Escuchad, y oiréis que el Papa lo reza en el solio, el rey en el trono, el noble en su palacio, el religioso en el coro, el artista en su tienda, el soldado en el campo, y el labrador en su cabaña. Escuchad, y oiréis que el europeo lo reza en su idioma culto y civilizado, el asiático en su dialecto bronco y gutural, el africano con su acento áspero y salvaje, y el habitador de la India con el lenguaje propio de los bosques. Escuchad, y oiréis que de todos los puntos de la tierra se levantan diariamente millones de voces que, combinándose admirablemente entre sí para rezar el santísimo Rosario, forman el concierto mas armonioso y agradable que pueda herir vuestros oidos.

No hay que admirarse, cristianos, de que el santísimo Rosario haya obtenido una aceptacion tan solemne y general: vistos los frutos admirables que desde su institucion ha producido en la Iglesia de Dios, forzosamente debia suceder así, y no podia ser de otro modo. ¿Quién podrá contar las victorias

que esta oracion ha proporcionado á la Iglesia, los herejes que ha convertido, y los pecadores que ha llevado á la penitencia? No me excederé si digo, que esta oracion ha sacado á la Esposa de Jesucristo del mas grande apuro en que quizá se ha visto desde que milita sobre la tierra. Siglo décimosexto, tú lo presenciaste, tú fuiste testigo del angustioso aprieto en que Selim II, emperador turco, puso á esta Esposa del Salvador. Como ya no quedaba mas que el nombre de las antiguas cruzadas, como los príncipes cristianos miraban mas por sus intereses propios que por el bien comun de la Religion, como entre ellos se habia introducido el espíritu de rivalidad y discordia, creyó aquel fiero sectario de Mahoma que aquella era buena ocasion para dar á la Iglesia el golpe de muerte que de mucho tiempo le iba preparando. Ya un ejército formidable de infieles, cual nube preñada de piedra y rayos, venia á caer sobre el Cristianismo; ya una escuadra numerosa cubria la mitad del Mediterráneo; ya la media luna de Mahoma amenazaba de cerca é intimaba la rendicion á la cruz de Jesucristo. ¡Ah! una pequeña flota de cristianos, armada á instancia de san Pio V, y capitaneada por un príncipe de veinte y cuatro años, es toda la fuerza que la Iglesia puede oponer á este ejército invasor. ¡Pobre Pio V, si no buscas otros recursos! Mas ¿cómo buscarlos, si las escuadras enemigas ya se están batiendo sobre las aguas de Lepanto? ¿Cómo buscarlos, si ya el furor de los infieles de una parte, y el valor heróico de los cristianos de otra, obligan á la victoria á decidirse y á arrojar la corona á quien la merezca? Selim II, has errado, mal dia escogiste para librar la batalla: este dia eclipsará todo el resplandor de tus medias lunas. Era, cristianos, el primer domingo de octubre: los cofrades del Rosario hacian, como tienen de costumbre, la funcion de primer domingo de mes. Pio V, que en vano habia buscado socorro en los reyes y prin-

cipes de la tierra, recurre á las oraciones de nuestros cofrades, les encarga ofrezcan el Rosario por el triunfo de sus hermanos que pelean en Lepanto, los anima á implorar con confianza el socorro de aquella Reina que tiene por título *Auxilium christianorum*. ¿Y qué sucede? que á breve rato Pio V ya sabe por revelacion que el ejército cristiano ha salido vencedor, que se han echado á pique mas de doscientas naves enemigas, que han perecido en las olas mas de treinta mil infieles, que el Mediterráneo ofrece el mismo espectáculo que ofrecia el mar Rojo, cuando sus playas aparecieron cubiertas con los miserables despojos del ejército de Faraon. ¡Oh fuerza prodigiosa del Rosario!...

No ha sido menor, oyentes, la que ha tenido para destruir la herejía. Vosotros sabeis cuántas lágrimas hizo derramar á la Iglesia la de los albigenses, cuántas provincias infestó con sus errores, cuántos cristianos arrastró al camino de la perdicion. Sostenida por reyes poderosos, atrincherada en las mas florecientes provincias de la Francia, escudada con un ejército de cien mil combatientes, se habia hecho tan atrevida é invasora, que nada era ya capaz de detener sus rápidos progresos. En vano san Bernardo le oponia la fuerza prodigiosa de su elocuente predicacion: su voz se perdía en el tumulto de los escarnios y carcajadas de la turba herética. En vano el concilio de Arles dictaba contra ella las mas severas medidas: sus decisiones eran calificadas de delirios publicados por una junta de fanáticos. En vano Roma lanzaba contra ella el rayo de la excomunion: las excomuniones eran para ella como aquellos fuegos fatuos que se desvanecen en el aire. ¿Quién le derriba, pues, á este coloso? ¿quién la mata á esta hidra? —¿Quién? el santísimo Rosario: él consigue en poco tiempo lo que no pudieron conseguir en muchos años ni el celo de un Santo, ni la autoridad de un Concilio, ni las excomuniones del